

tra la verdad. Abre pues los ojos, y escarmienta en este miserable juez, y teme solo á Dios, solo el ofenderle, solo el perderle: este temor reine siempre en tu alma; y al temor vil de las criaturas, de que se enfadarán y que te perseguirán, de que te levantarán testimonios ponlo debajo de tus piés, y jamas consentas que te domine por el amor propio; porque si una vez te coge debajo, te ha de hacer caer en muchas culpas contra la razon y contra Dios.

314. Considera cómo Pilato lo mandó llevar á la sala de justicia, ó tribunal, para darle la sentencia. Cogiéron los verdugos á su divina Magestad, y lo volviéron á llevar por aquella escalera, en donde padeció mucho en bajar, por la grande flaqueza de su cuerpo: y puedes considerar, que para no rodar por ella bajaba arrimado el santísimo cuerpo á la pared, y con todo no hay que dudar que aquellos crueles sayones lo llevarian á toda prisa, obligándole con empellones á bajar; y tú piensa que los ángeles tenian al Señor para que no se matase, cayendo por una escalera tan alta, y no te extrañes del Señor porque seas malo; llégate por entre los verdugos, acércate á tu Dios, para que arrimado á ti pueda bajar sin caer, y no hayas miedo que te deseche, que otros peores que tú se arriman para herirle, y los consiente. No te espantes de que se haga esta consideracion; porque acaso estarás diciendo dentro de ti: ¿pues no era Dios el Señor? ¿No se mantenía con su divinidad? ¿Pues para qué es esa consideracion de que se llegue el alma para tenerle? Dices bien que su divinidad podia hacer eso y mucho mas, como lo hizo, conservándole la vida en tan mortales tormentos; pero para hacer estas piadosas consideraciones, donde el alma explica su afecto con su Dios, y su compasion en tales tormentos y tal desamparo, debes hacerlo presente, y decir: ¡ó quién pudiera aliviar á mi Señor en sus penas, como le alivió aquella piadosa muger Verónica! ¿Te parece á ti que la divinidad le quitaba la natural flaqueza? Pues te engañas; que todo lo que no era morir hasta su tiempo, todo se lo dejaba padecer, y así caía, tropezaba, se affigia y desmayaba, como si solo fuera puro hombre, que eso es haberse cargado de nuestras miserias. Considéralo, pues, como te digo, con la advertencia que cuando bajaba un escalon, le flaqueaba el cuerpo y temblaba; y la cabeza atravesada de espinas y dolores le tiraba á la tierra muchas veces para caer. Egércita tus deseos, y llégate á tu Dios: abrázate con él, y bájale en

tus hombros; y mas que te maltraten y descarguen en ti su furia los verdugos, dalo por bien empleado.

315. Considera cómo habiendo el Señor bajado al patio de la casa, le desataron las manos, y quitándole la caña, le diéron con ella por aquella santísima cabeza; y hablándole con desprecio y rabia diabólica, como dice San Buenaventura,* le digeron: vaya el embustero, y recoja presto su ropa. Piensa pues que ves al Señor andar por el patio de una parte á otra, cogiendo aquí una túnica y allí otra, haciendo mucha burla y mofa del Señor todos aquellos malvados: mira con cuánto dolor se baja al suelo, y con cuánta pena se levanta; y habiéndola juntado toda, ya que la traía debajo del brazo para vestirse, (como tambien medita el santo) empezaron á clamar de afuera los Judíos, que lo sacasen y echasen fuera, porque se hacia tarde; y los verdugos no aguardando á que se vistiese, le cogieron por la sogá de la garganta, y salieron á toda prisa con él, llevando su divina Magestad debajo del brazo su ropa: y aquí dice Santa Brígida,† que el Señor con la extremidad de la túnica se limpió los divinos ojos de la sangre y salivas, porque no los podia abrir. Considera tú ahora este espectáculo he humildad, el mas raro que puedes imaginar. Vete tras del Señor, y mírale entre los soldados, que en dos alas hacian paso franco. Mira cómo va temblando, inclinado al suelo, con aquel ropage sobre los hombros, todo lleno de agujeros é inmundicia, colgando por una parte un pedazo y otro por otra, y tan corto, que no le cubria las rodillas, y todo él lleno de sangre, y tan hinchadas las espaldas, que se conocia muy alta la hinchazon por sobre el ropage; y con esto, abrazado con su ropa, y así lleno de confusion y vergüenza, va caminando por todo el pórtico en público y lleno de rubor. Míralo bien, y no habrás visto paso mas lastimoso, ni que mas te dé á conocer la grande humildad á que se abatió por ti el Hijo de Dios. Aquí en este paso puedes pensar que vió Isaías al Señor,‡ cuando dijo: vimos al Señor despreciado y el mas abatido de los hombres: considerámosle, y no parecia ser el mismo que era. Por lo cual: ¿quién verá en tanta irrision y en tanto desprecio á Dios, Criador universal de todas las cosas, que no se pame y se asombre? ¡O altísima Magestad! Así confundes la soberbia humana con tal abatimiento.

* Lib. 1. Reg.

† Med. 90. Revel. cap. i.

‡ Cap. liii.

316. Considera cómo habiendo el Señor llegado al pretorio, volvió á subir otros escalones ó gradas para llegar donde Pilato tenía su trono; y puesto arriba sobre las gradas con aquella lastimosa representacion, abrazado con su ropa, y cubierto de aquella indigna púrpura, salió Pilato otra vez afuera, y viendo al Señor tan humillado, volvió á hablar al pueblo, y levantando la voz le dijo; veis aquí á vuestro Rey; como quien dice: mirad esta humildad, este vilipendio, desprecio y deshonra; y atended que es vuestro Rey este que veis aquí. No hay nacion en el mundo tan bárbara que no tenga amor á su rey: este es Rey vuestro; y así tenedle lástima y compasion: amánsense esos fieros corazones con un tan lastimoso espectáculo. ¡O Pilato, y qué en vano te cansas en buscar piedad y compasion en corazones poseidos del demonio! Vuelve en ti, alma cristiana, y mira lo que dice Pilato siendo un gentil: mira á tu Rey, á tu Señor y á tu Dios allí á la vista de todos; y puesto que es tu Rey y tu Dios, como lo confiesas, ten lástima y compadécete de verle en tan lamentable y triste postura; y ya que no puedes serle de alivio, siquiera ponte de su parte, y dale voces á Pilato, y dile que tú eres el culpado, y que aquellos andrajos que tiene tu Rey son tuyos: que sus desprecios y oprobios son tuyos: que dé por libre á tu Rey, y que te castigue á ti; que no es justo ni razonable que el Rey sea afrentado cuando los delitos son del vasallo traidor. Alega siquiera algo de parte de tu Señor, puesto que todos estan conjurados contra él. Mas, ¡ó Dios mio! que todo se queda en meros deseos: vos padecéis los oprobios y las afrentas, y yo en llegando la ocasion de mostrarme verdadero vasallo vuestro, huyo la carne, y os dejo solo. Apiadaos de mi miseria, Señor Dios, y dadme valor para que mis ansias no se contenten con solos los deseos.

317. Considera cómo toda aquella multitud levantó el grito y digeron: quita, quítale allá, no le vean nuestros ojos, ni nos le pongas por delante; que no sirve eso de nada: crucifícale. Replicóles Pilato, diciendo: ¿á vuestro Rey queréis que crucifíque, gente maldita? Como si digera: ¿qué dirá el mundo y las naciones de vosotros, que crucificais á vuestro Rey legítimo? Ya que no desistis de vuestra maldita crueldad por el amor natural que debeis tener á vuestro Rey, desistid siquiera por vuestra honra y por el qué dirán de las gentes. Pero, ¡ó envidia y rencor de Satanas, que

atropella con las leyes divinas y humanas, sin atender al decir de los hombres, ni á la propia infamia! Ellos se cerraron en que habia de morir, y así volviéron á clamar diciendo, que ellos no conocian, ni tenian otro rey que el César: que aquel ni querian verle ni oírle. Rey justo, santo y celestial no lo queremos: al tirano que roba, que mata y destroza, ese queremos; porque con ese podemos robar, destrozar y hacer lo que quisiéremos. ¡O maldita ceguedad! Considera, cristiano, que hay muchos entre nosotros que con sus obras dicen lo mismo. La vida de muchos dice, que no tienen mas rey, mas ley ni mas Dios que el cumplimiento de sus gustos, y por cumplirlos lo atropellan todo, sin atender á Dios ni al mundo ni á las gentes: cosa que toque á Cristo, á su pasion y su muerte, ni quieren verla ni oírle. Estos son de aquella gente maldita y proterva. Tú no seas así, pon á tu Dios llagado y afligido por ti por delante de los ojos de tu alma: no lo pierdas de vista; y aunque el demonio, mundo y tu carne te digan *tolle, tolle*, quita, quita eso de ahí, no hagas lo que ellos te dicen: respóndeles que tú no tienes mas Rey ni mas Dios que á Jesucristo, y que á él has de adorar y atender, y no á lo que el mundo dice, ni á lo que tu carne quiere.

318. Considera cómo Pilato volvió á instarles, como atajado y oprimido con la amenaza del César, y les dijo: ¿pues qué he de hacer del Rey de los Judíos? Como quien dice: sea enhorabuena, vuestro Rey es el César: pero eso no quita el que este sea vuestro Señor y vuestro Rey natural; y así ¿qué queréis que haga de vuestro Rey? Levantaron todos la voz con tales gritos, que no se podia oír lo que decia Pilato; y clamaban á una: crucifícale, crucifícale. Entónces Pilato, viendo el tumulto, cogió agua, y delante de todos se lavó las manos, dando á entender con esto que protestaba la inocencia del Señor, y la violencia que le hacian para dar la sentencia. Ellos, que con lavarse las manos conocieron (por ser ceremonia entre ellos usada) que Pilato lo hacia para descargarse del pecado tan grave que se hacia en darle muerte, y que solo daba la sentencia para aquietar al pueblo, digeron que su sangre sobre ellos cayese y sobre sus hijos; que fué lo mismo que decirle: eso no te dé cuidado, que ese pecado nosotros nos le echamos sobre nosotros y sobre nuestros hijos, y nos obligamos á dar cuenta de esa sangre derramada á Dios. ¡O impíos y crueles hombres! ¿Y qué

cuenta habeis dado? Ya habeis pasado por el juicio de la divina justicia; ¿y qué cuenta disteis? ¿Cómo os habeis descargado? ¿Cómo habeis salido del tribunal divino? Condenados á eternas llamas á los infiernos. Mira, cristiano, que por ti se ha derramado aquella sangre, y se te ha de pedir cuenta de ella. ¿Qué cuenta darás? ¿Cómo te has aprovechado de ella? Teme no se haya derramado para tu mayor condenacion. ¿La has despreciado pecando? Mira que no seas como Pilato, que se lavó las manos, y no el alma. Lávate en esa sangre preciosa, recógela en tu alma, y lava con tiempo tus culpas. Mira, hermano mio, que te aguarda riguroso juicio y estrechísima cuenta.

319. Considera cómo Pilato dió la sentencia contra el Señor, y se la notificó, haciendo que se le leyese: mira la humildad con que el Señor la oye, y baja su santísima cabeza, como recibéndola de boca de su Eterno Padre, con increíble amor por las ansias que tenia de redimir el linage humano. Considera cómo notificada la sentencia, empezó á hervir toda la ciudad, y correr á todos la noticia, y todos concurren á ver el espectáculo. Los ministros andan de una parte á otra: unos llaman los carpinteros, otros traen los maderos para la cruz, otros van á comprar los clavos para clavarlo en ella, otros traen las sogas para levantarlo en alto, otros previenen las cajas, los pregoneros, las armas para los soldados, los caballos y las banderas, y otros van á la cárcel á sacar y traer los dos ladrones; y mientras todo esto se dispone, los verdugos, allí á la vista de toda la multitud, desnudan al Señor de aquella afrentosa púrpura, cogiéndola por una punta, y tirando de ella, la rompen, que como tan mala, no resistia, y arrojan los pedazos por allí, y todos se apartan, como de cosa apestada y contagiosa, para que no toque á ninguno, y desnudo á la vergüenza, le visten de sus propias vestiduras, no de compasion, sino de malicia, para que ya que por el rostro no le conociesen, que eso era imposible, por estar tan trocado y afeado, le conociesen por la vestidura, y así para con todos quedase infamado y deshonorado. Ponte á ver muy despacio todo esto, alma cristiana: mira lo primero el tumulto, el orgullo y alegría de aquellos malvados, viendo que habian salido con la suya en haberle hecho condenar á la afrentosa muerte: mira lo segundo aquella mansedumbre del Señor, cómo viendo tan alegres á sus enemigos, no solo no se indigna contra ellos; ántes tiene afligidísimo el corazon de

ver que se alegran de su propia condenacion, y les tiene grande lástima. Mira lo tercero, cómo se deja otra vez desnudar á la vergüenza, y cómo cuando con aquellos tirones le quitan y rompen la púrpura, temblando se va á caer ya para un lado, ya para otro, y luego se va vistiendo sus propias vestiduras por encima de la corona de espinas; y como se enreda en ellas la ropa, y los verdugos tiran de ella hácia abajo con mucha crueldad, lastiman grandemente al Señor; y ciñéndole una soga á su santísimo cuerpo, le ponen otra al cuello, y juntamente le dicen muchos oprobios.

MISTERIO CUARTO.

De cuando al Monte Calvario llevó la santa cruz acuestas el Hijo de Dios.

320. CONSIDERA cómo ya dispuestas todas las cosas, preparado el sagrado madero de la cruz, los clavos, sogas, martillos, esponja, y todo lo necesario para el martirio, y puestos en orden los soldados, tendidas las banderas, y á punto los pregoneros y trompetas, salió el Rey del mundo, cercado de sayones, y así que vió enarbolado el sacrosanto madero, y que le estaban esperando con él, tomó grande aliento, y fué á él con alegría, diciéndole mil ternuras y palabras muy dulces y suaves (que así lo puedes creer piadosamente.) ¡O cruz santa y preciosa, por mí tanto tiempo buscada, tantas veces deseada, con ardiente afecto solicitada, y ya con grande gloria para mí preparada! Ven, descanso mio, alivio único de mis abrasadas ansias, fin glorioso de mis tormentos, dolores y fatigas, principio de mi gloria, cetro de mi reyno, triunfo de mis victorias, insignia de mis capitanes, y estandarte real de mis egércitos. Ven ahora á mis brazos, amada mía, y luego me recibirás en los tuyos: descansa tú ahora en mí, que luego descansaré yo y dormiré en ti. Y en esto puedes considerar que el Señor se abrazó con la cruz con grande alegría, y la besó con gran ternura, dejando espantados á todos los ministros de la maldad. ¡O alma! No dudes de que estos y otros muchos requiebros diria el Señor á su cruz, enamorándola y engrandeciéndola, para que los cristianos, enamorados de ella, no la desprecien. Ea, no tengas en poco